

INTRODUCCIÓN

Conversando sobre política en tiempos de incertidumbre: atrevernos a escuchar

Ernesto Ganuza
María Jesús Funes
Patricia García-Espín

El 15 de mayo del 2011 ocurrió un hecho inesperado. Después de una manifestación organizada a través de las redes digitales y de movimientos sociales, un grupo significativo de personas decidió quedarse a dormir en la Puerta del Sol de Madrid. No fue un acto planificado, pero esa noche comenzó el movimiento de los *Indignados*. Su irrupción en las plazas de las principales ciudades españolas ha marcado un hito en nuestra historia reciente. Qué ha significado, por qué tuvo lugar o cuál ha sido su impacto posterior son cuestiones que han abierto un debate de enorme calado; sobre todo ello se ha escrito mucho y se seguirá escribiendo. En ese océano de opiniones y análisis podemos encontrar versiones entusiastas para las que el 15-M supuso el advenimiento de un nuevo ciclo político (Calle, 2013; Castells, 2012; Subirats, 2011), pero también interpretaciones más reacias a asumir esos elementos de novedad y transformación (Lapuente, 2015; Innerarety, 2015; Galindo *et al.* 2014). No obstante, unos y otros comparten que el 15-M fue una movilización sin parangón en la historia reciente española.

Este libro viaja a aquella época, enmarcada en una ola de agitación política a nivel mundial.¹ La revista *Time* en su último número del año presentó «el activista» como personaje del año 2011, considerando las revueltas en todo el mundo como el acontecimiento merecedor de su portada (Funes, 2012). Podríamos decir que la crisis política que evidenció el 15-M era compartida en otros muchos lugares. La *primavera árabe* antes, *Occupy Wall Street* en Nueva York y la *Nuit Debout* en París un poco después y muchas más. Para algunos investigadores se puede hablar de un movimiento internacional que cambió los paradigmas de la protesta y la organización

¹ Véase como compendio de todo ello el Anuario del Conflicto Social, 2011 (*Observatorio del Conflicto Social*).

social hacia formas menos fragmentarias, centradas en la democracia y la justicia social (Pleyers, 2019). Pero el libro no pretende bucear en el 15-M, ni en lo que supuso para unos y otros. Tampoco pretende hablar de su impacto. El libro quiere acercarse a lo que la gente pensaba sobre la política en aquel momento, para dilucidar si existía relación entre el sentir general de la sociedad española y lo que estas movilizaciones expresaron. Porque esos años también fueron un hito para la mayoría de la población, teniendo en cuenta el enorme apoyo que concitó un movimiento de un carácter tan crítico y propositivo cuyo mensaje cuestionaba algunas de las instituciones políticas nucleares de nuestro país: «No nos representan» fue uno de los lemas centrales.

Para Urquizu el 15-M era la expresión de cambios producidos en la cultura política española en los años previos: «Como sucede en muchas ocasiones, las transformaciones silenciosas son las más efectivas» (Urquizu, 2015: 12), un cambio cultural que los investigadores constataban en ese fuerte y sostenido apoyo popular que recibió a lo largo de 2011. Recordemos que el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), en una encuesta de noviembre del 2011 (ES2920), revelaba que cerca de cuatro millones de personas (alrededor del 10 % de la población) afirmaban haber participado en alguna de las actividades organizadas por el 15-M. Ramón Adell (2011), que extiende su análisis desde mayo a diciembre de 2011, multiplicaba esas cifras casi por dos. Cerca del 80 % de los encuestados apoyaban las protestas según otros estudios.² Este nivel de movilización y de aceptación social de un movimiento de protesta constituye un acontecimiento insólito en la historia reciente del país. Subirats (2011) hablaba en esa época de una brecha causada por el distanciamiento cada vez más grande entre unas nuevas formas de sociabilidad y de trabajo y unas estructuras políticas obsoletas, incapaces de responder a esas nuevas pautas vitales. Una brecha que abría un descontento político, en definitiva, de nuevo cuño, porque más que apático y resignado era movilizador. En lugar de aceptar que nada podía cambiar (el famoso eslogan de los ochenta TINA: «no hay alternativa» en inglés, al que hace referencia la cita inicial de Bauman), amplios sectores apoyaron una protesta que centraba sus consignas en un reclamo de cambio por el mal funcionamiento de las instituciones y la injusticia del orden social. El 15-M puso sobre la mesa la desconexión entre la institucionalidad y la realidad cotidiana de la mayoría de la sociedad. La crítica de algunos portavoces *Indignados*, por ejemplo, a las organizacio-

² Adell (2011) hace un análisis minucioso sobre la participación en el 15-M. En agosto del 2011 una encuesta de *Ipsos Public Affairs* decía que entre seis y ocho millones de ciudadanos habían participado de una u otra manera en eventos del 15-M. Adell (2011: 157) augura a finales del 2011 que podrían haber participado, de una u otra manera, casi siete millones de personas. En una encuesta de *Metroscopia-El País* en el mes de julio de ese año se afirmaba que el 71 % de los españoles consideraba el 15-M un movimiento pacífico que regeneraba la democracia (83 % de los votantes del PSOE y el 54 % de los votantes del PP), frente a un 17 % que lo consideraba un movimiento anti-sistema. Un 79 % de los encuestados estaban de acuerdo con sus reivindicaciones (Adell, 2011: 154).

nes intermedias clásicas como los sindicatos o los partidos (Marzolf y Ganuza, 2016), no sería sino el síntoma de la percepción de «(in)capacidad para influir en la acción de gobierno» (Subirats, 2011: 21). El descontento con la institucionalidad, no siendo una novedad en la cultura política reciente, adquiere un nuevo carácter y nuevas vías de expresión.

Sin embargo, no podemos olvidar que esta interpretación sobre el fenómeno contrasta con la de aquellos que vieron la protesta como un evento social coyuntural producido, principalmente, por la crisis económica. Más que ante un cambio de valores políticos estaríamos ante el clásico movimiento contra la carestía de la vida y las políticas de austeridad (Díaz-Parra y Jover-Báez, 2016; Fernández-Albertos y Kuo, 2016). El apoyo popular a los *Indignados* vendría causado por el deterioro prolongado de las condiciones de vida y la falta de respuesta institucional. La percepción de corrupción y de falta de respuesta, de *impasse institucional*, eran destacados como mecha de la movilización (Galindo *et al.* 2014) y el crecimiento de la desigualdad y la percepción creciente de injusticia fueron la gasolina (Sánchez-Cuenca, 2014). En este caso, en lugar de un cambio de valores se veía una respuesta coyuntural a una situación (también coyuntural) de crisis económica e institucional.

Más allá de las causas, tanto para unos como para otros, el apoyo popular al 15-M fue inusualmente significativo. Bien por la crisis cultural o por la crisis económica, todos subrayan la sorprendente respuesta social, sostenida, además, en el tiempo, pues se mantuvo en cotas muy altas durante todo el año 2011. Es decir, con independencia de que las razones del apoyo fueran materiales o culturales, el caso es que el descontento movilizó a la ciudadanía, en lugar de generar resignación y apatía como ha sucedido muchas otras veces. Para entender la dimensión del fenómeno hay que considerar que, en los últimos decenios, no se había movilizado tanta gente en tan corto espacio de tiempo.

Ciertamente, para los más entusiastas, el 15-M y el apoyo popular al mismo ponían en evidencia la necesidad de introducir cambios sustanciales en las instituciones hacia una profundización democrática (por ejemplo, el establecimiento de un mayor control popular sobre los representantes públicos). Se pensaba que la influencia ya no debería reducirse a la selección de unas élites capaces de tomar las mejores decisiones, sino que debería pensarse en la multiplicación de los espacios de gestión y toma de decisiones, ampliando las opciones y las áreas de debate y la información disponible (transparencia). En cambio, para los menos entusiastas, el apoyo popular mostraba tan solo algunas disfuncionalidades del diseño institucional dominante para responder a esta situación de crisis y para mejorar las condiciones de vida de las personas. Pero no habría nada nuevo que no estuviera ya presente aquí y en otros países: corrupción, malas políticas públicas, cambio generacional en las preferencias políticas, desigualdad social. Todo ello mostraría la necesidad de introducir ciertos cambios que mejoraran la calidad democrática, pero no en el sentido de un cambio profundo

sino reformando las instituciones existentes: mejorando la selección de las élites, las herramientas electorales y democratizando internamente los partidos políticos (Galindo *et al.*, 2014). Frente a la necesidad que veían unos de incrementar y profundizar la participación de la ciudadanía, otros proponían una mayor intervención de los expertos en el día a día político, porque las dificultades que atravesaba el país requerían sosiego y respuestas técnicas especializadas (Lapuente, 2015).

A pesar de las diferencias que se dan en esas interpretaciones, no cabe duda que aquellos hechos removieron las aguas del debate sobre la arquitectura institucional heredada de la Transición española. Y por ello cabe preguntarse si puede calificarse como *acontecimiento transformador* en el modo que Sewell (2005) define este tipo de eventos, como hechos aceleradores de cambios en la cultura política. Esto supondría plantearse si, de algún modo, tuvo como efecto una interrupción o un desplazamiento de los marcos de significado dominantes sustituyéndolos por otros. Cuáles eran esos marcos culturales de la política y de qué tipo de transformaciones hablamos son parte de nuestro objeto de indagación; pero, como reputados autores en la materia nos han mostrado (Sewell, 2005; Tilly, 1978), hay procesos de movilización que cambian la forma de experimentar y pensar lo político y aquí nos planteamos en qué medida estaríamos ante un fenómeno de este estilo.

En este trabajo pretendemos entender mejor ese apoyo popular. Particularmente, nuestro objetivo es reflexionar sobre los aspectos culturales e ideológicos de lo que hemos denominado el *descontento movilizador*, y para ello estudiamos algunas dimensiones de la cultura política de los españoles que los *Indignados* ayudaron a visibilizar. Este fenómeno plantea dos grandes retos que guiarán el libro. En primer lugar, nos preguntamos hasta qué punto, en ese contexto alrededor del 15-M en los años 2011 y 2012, observamos cambios de relevancia en la cultura y los valores políticos de los españoles que justificaran ese apoyo masivo a las protestas, como han sugerido algunos al reflexionar sobre este hecho (Martínez, 2012). Para ello, compararemos los paradigmas políticos que compartía la ciudadana en aquel momento con los anteriores, así como la existencia de matices diferentes en el significado que tenía la política para la gente y los marcos que elaboraba para dar sentido a la misma en ese momento. En segundo lugar, estos actos de protesta pusieron encima de la mesa un debate vibrante sobre las alternativas políticas e institucionales. Pero más que propuestas cerradas, se abrió una reflexión sobre las posibilidades de transformación. La crisis se planteó, para algunos como una oportunidad para incrementar la participación ciudadana, mientras que para otros fue una ocasión para mejorar el perfil técnico de las instituciones. Dos soluciones muy dispares que trataban de responder a las consignas de los *Indignados* en búsqueda de una relación política más justa («no somos mercancías en manos de políticos y banqueros»).

La reflexión abierta es de calado porque el mensaje del 15-M era mucho más audaz, manifestaba el deseo de prácticas políticas de muy diferente corte llegando

hasta propuestas de vivir lo colectivo en la cotidianeidad que implican un cambio de valores profundo. Valores relacionados con el feminismo, con la ecología, con la inclusión social fueron los rasgos más llamativos de las acampadas, recordemos la centralidad de lo asambleario o de la política de los cuidados desde una actualización del concepto de «buen vivir» entendido como el derecho a una vida digna de ser vivida.

Por todo ello y dada la crisis de confianza política existente nos preguntamos ¿cuáles eran los debates sobre la mejora de la política entre la población común? En definitiva, el libro quiere indagar:

- 1) desde dónde pensaba la gente la política en un momento en el que se apoyaba de forma masiva una protesta centrada en la mejora de la democracia y el freno a las políticas de austeridad.
- 2) hacia dónde pensaba la gente que tenían que ir las instituciones políticas y la propia ciudadanía teniendo en cuenta que la desconfianza había alcanzado cifras extraordinarias.

El descontento movilizador

La situación en el año 2011 era la siguiente. Para muchas personas la política empieza a considerarse como un verdadero problema. En 2008 solo el 10 % de la población la consideraba como tal, mientras que en el año 2012 ya era un 33 %. La corrupción, por ejemplo, no despunta como problema hasta el año 2010, pero desde entonces inicia una subida ininterrumpida hasta que cerca del 50 % de la población en el año 2015 lo considera un problema. La confianza en las principales instituciones estatales disminuye. Por ejemplo, la confianza en el Parlamento, en una escala que va desde «0» (ninguna confianza) hasta «10» (mucho confianza) se desploma desde el 5 que le daban los españoles en el año 2008 al 3,4 en el año 2012.³ Esta desconfianza es, además, transversal entre la población española, pues crece de un modo similar tanto entre las personas con más o menos estudios, como entre las personas con más o menos interés por la política (de Marco *et al.*, 2018: 23).

Con la crisis económica como detonante es evidente que los niveles de descontento e insatisfacción se habían disparado. Podríamos continuar aportando datos que evidencian una evaluación muy deteriorada de la vida política que se sumaba a una queja generalizada sobre el deterioro de la calidad de vida y la frustración de expectativas futuras. Craig (1980: 204) argumentaba que la combinación de altos niveles

³ Estos datos han sido extraídos de los barómetros de opinión pública del CIS. Para verlos puede consultarse Ganuza y Font (2018: 14-18).

de desconfianza institucional (aun teniendo el sistema político un apoyo popular difuso) y el incremento en los niveles de ineficacia política externa (ver cita al pie n.º 1 del capítulo I) (cuando la población percibe que su capacidad de influencia en los principales actores estatales es baja) podía traducirse en tentativas de movilización social. Los hechos parecían confirmar esta afirmación. A la pregunta de si «los políticos no se preocupan mucho de lo que piensa la gente como yo», siete de cada diez españoles estaban de acuerdo en el año 2007, pasando a casi nueve de cada diez en el 2014 (Font y Ganuza, 2018). Pero, desde nuestro punto de vista, para que esta movilización se produjera era necesario otro factor: el incremento de la eficacia interna o la agencia, es decir, de la percepción que se tiene de ser competente y estar suficientemente armado para actuar políticamente (y, en consecuencia, poder actuar). Los datos de la época ponen en evidencia un incremento paulatino de esta percepción de agencia, pues en el año 2011, por primera vez, eran más los que afirmaban entender la política que los que contestaban que no. En el año 2003 la proporción era inversa: 40/60 (Ganuza y Font, 2018: 19), evolución que podíamos ver ya hace años en la población más joven (Funes, 2008: 71-73). Durante esos años pasaron cosas extraordinarias: mientras caía la confianza institucional y en los representantes públicos crecía la conversación política entre los españoles. Ante la pregunta de cuánto tiempo dedicaban a hablar de política el 40 % de los entrevistados contestaba que nada en el año 2000, lo que se redujo a la mitad en el 2011. Para ese año, ya eran más del 50 % los que afirmaban hablar mucho o algo de política, frente a menos del 40 % diez años antes (Ganuza y Font, 2018: 19).

A partir de la crisis económica de 2007 y de las movilizaciones de 2010-2011, podemos hablar de la aparición de un fenómeno peculiar en la cultura política española: el *descontento movilizador*, al que dedicamos este volumen. Lo definimos como el conjunto de sentimientos y actitudes críticas hacia la actividad política dominante y su institucionalidad estatal que, lejos de provocar pasividad, promueven la activación a través de una disposición positiva hacia otras formas de actuación política. La queja sobrepasa el nivel del malestar pasivo y se traduce en una predisposición favorable o, directamente, en acción política. Si el descontento se convierte en actitudes favorables hacia la acción colectiva o en una mayor y más diversa participación, se pondría en tela de juicio la representación atribuida históricamente a la mayoría de la sociedad española como pasiva y reactiva (Font y Méndez, 2008), bajo la idea de un «síndrome meridional» (Morales y Mota, 2006: 79), según el cual en los países sureños se dan cuotas más bajas de implicación.

Parece que se reclama más participación, pero ¿qué es realmente lo que se reclama? ¿Existe la creencia de que una democracia más participativa acabaría con el problema de la desafección y de la pérdida de confianza institucional? Lo cierto es que «querer más participación» no es sinónimo de querer o poder involucrarse, de hecho, esa identificación, según numerosos estudios, resulta dudosa (Ganuza y Font,

2018). Se puede confundir la manifestación del deseo de participar con el deseo de ser escuchado, de ser tenido en cuenta, que no tiene por qué ir acompañado de un comportamiento proactivo real (McHugh, 2006). El deseo de más participación puede ser más bien una expresión de descontento, frustración, incompreensión que de intención de actuar (Webb, 2013); porque una cosa es querer implicarse activamente y otra mostrar la decepción ante la constatación de la distancia entre dos mundos: el propio y el de las decisiones políticas (Van Wessel, 2010). Ciertamente, no hay resultados concluyentes al respecto, sino más bien contradictorios (McHugh, 2006). Pero lo mismo ocurre, por ejemplo, con la preferencia que muchas veces escuchamos sobre la idoneidad de que los gobiernos sean gestionados por expertos técnicos. Por eso, este libro pretende contribuir a entender mejor lo que la población española pensaba, lo que implica mostrar las contradicciones, los mitos y las paradojas que afloran en las conversaciones sobre política que pudimos estudiar. ¿Realmente la gente quería participar más o prefería un gobierno de expertos? ¿Habían cambiado las referencias históricas de la política, por ejemplo, respecto a la Transición? ¿Se quiere abolir o cambiar el modelo de representación? ¿Qué implicaciones tenía el modelo de aquella época? ¿En «qué sentido» movilizaba?

Estas son las preguntas que han guiado nuestro estudio. Por tanto, damos paso a la exposición de sus procedimientos y resultados. El fenómeno que denominamos *descontento movilizador* alumbró uno de los periodos más extraordinarios de la vida política de nuestro país en las últimas décadas. El proceso de cambios ideológicos y actitudinales que resultaron de la crisis de esos años dio lugar a una España diferente: más inestable, más compleja, menos previsible. Nos sumergimos en los elementos culturales y actitudinales mediante el análisis de la conversación de una amplia muestra de personas de distintos perfiles socio-políticos. Esperamos poder contribuir a comprender mejor lo que ocurrió durante ese periodo.

El libro

El libro se adentra en estas cuestiones y las aborda mediante un estudio cualitativo, con grupos de discusión, realizado en dos fases distintas.⁴ El objetivo era identificar las actitudes hacia distintos tipos de procesos políticos y las posibles alternativas que la ciudadanía valoraba y discutía. En otras palabras, nos preguntábamos si la crítica existente a la democracia representativa impulsaba alternativas concretas. Comenzamos en el año 2011 con un Proyecto de Investigación financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (CSO2009-12020). Justo cuando habíamos terminado la recogida de información (finales de marzo del 2011), se produjeron los

⁴ Véase Anexo Metodológico 2.

acontecimientos del 15-M. Resultaba imprescindible seguir el curso de los acontecimientos, por lo que inmediatamente diseñamos una segunda fase, es decir, decidimos hacer una réplica exacta del estudio para un año después, esta vez en el marco del Proyecto (CSO2012-38942). La primera ronda de grupos tuvo lugar entre los meses de febrero y marzo de 2011, un poco antes del inicio del movimiento de los *Indignados*. La segunda comenzó en la primavera de 2012 y fue completada en los primeros meses de 2013.

La información extraída tiene el valor de mostrarnos las tripas, el interior de lo que estaba pasando justo antes del acontecimiento, durante y un año después. Nuestro foco de análisis no es, por tanto, el 15-M como movimiento social, sino los debates políticos que se estaban dando a su alrededor en la masa anónima que no participó, en quienes lo hicieron de manera esporádica o quienes lo siguieron como espectadores más o menos interesados. De este modo, podemos conocer lo que sucedía en torno a la «vorágine movilizadora» más allá de los círculos activistas. Hemos querido observar y analizar las visiones de la política tal como las vive la gente común, ni las élites políticas ni las vanguardias activistas.

¿Qué se pensaba en distintos grupos sociales en esos momentos? ¿Qué había más allá del ámbito de la protesta y de los sectores más concienciados políticamente? ¿Por qué el 15-M conectó y generó simpatías en tan amplios sectores? ¿Qué sentimientos políticos circulaban para que se diera ese *enamoramiento*? Como ya señalamos anteriormente los estudios de opinión muestran que, en esos años, se multiplicó la activación y la apropiación de lo político por parte de la ciudadanía; muestran síntomas, en definitiva, de una mayor politización.⁵ Ello confirma el interés de observar ese estado de conciencia, de crítica, de rechazo o aceptación de las instituciones y qué presencia tenían otras alternativas. Con ello queríamos estudiar hasta donde llegaba el ánimo transformador, si era más sólido y estaba más arraigado de lo que podíamos imaginar, o no. En cualquier caso, fuera como fuese, tendría mucho que ver con los acontecimientos posteriores.

En este libro, apostamos por el análisis de la conversación política como aproximación metodológica. Para ello, entendemos los grupos de discusión como dispositivos conversacionales, como situaciones de diálogo de las que podemos aprender (Martin Criado, 1997). Somos conscientes de que para un sector significativo de la profesión en España no es un método con igual prestigio que las encuestas y que muchos especialistas minusvaloran sus resultados. Para ellos resulta más sencillo pensar que los individuos tienen preferencias definidas y medirlas en contextos temporales variables, sin cuestionar o valorar los significados de esas preferencias en sí mismas. Sin embargo, decidimos situarnos en una posición epistemológica diferente y optar por dar un paso atrás para dar dos pasos adelante. Así, tratamos de indagar

⁵ Véase Anexo Metodológico 1 y capítulo IV, apartado 1.

sobre los significados de nociones como: democracia, participación política, tecnocracia, etc., conceptos que a menudo se asumen como monosémicos en las encuestas de opinión. Es decir, se da por hecho que todos los individuos entienden estos conceptos de la misma forma, que su significado es único, cuando no es así.

Se trata de una apuesta y, por tanto, asumimos las implicaciones empíricas que conlleva la utilización de esta aproximación grupal a la opinión pública. En la mayoría de los casos, no hablaremos de porcentajes, ni de preferencias cristalizadas, sino del sentido que para unos y otros adquiere la crisis política y las distintas alternativas institucionales o no institucionales a la misma. Hablaremos de discursos y giros conversacionales. Uno de los desafíos mayores a los que se enfrenta este método es el escaso valor que las Ciencias Sociales han dado a la conversación política de la gente común. Fue Gamson (1992) quien en los años noventa del siglo pasado, en una investigación sobre la conversación política (*Talking politics*), argumentaba que los ciudadanos comunes no eran tan tontos ni estaban tan desinformados sobre los asuntos públicos como las élites nos podían hacer creer. La desinformación, decía Gamson, no deja de ser una estrategia política y mediática que pretende consolidar la distancia entre quienes saben de política y quienes no, quienes poseen interés y cualificación y deben tomar las decisiones y quienes han de asumir las decisiones que sobre ellos y sus vidas se toman en algún lugar. Se trata de la división entre profesionales de la política y profanos (Bourdieu, 1982). Gamson y quienes se ubican en la misma línea epistemológica (Eliasohp, 1998; Walsh, 2004, entre otros) sostienen que hay otras fuentes de información y contrastación que no pasan necesariamente por los discursos de las elites ni de los medios y que permiten indagar sobre un/os sentido/s común alternativo. Siguiendo la consideración que en el mundo de los estudios culturales tiene el análisis conversacional, vamos a analizar los discursos sobre la política, las instituciones, las posibilidades de cambio y la percepción que los entrevistados tienen de sí mismos como sujetos activos frente a la realidad política, en un momento especialmente convulso de la historia reciente.

Terminamos esta introducción dejando abiertas las siguientes preguntas: Un proyecto de reestructuración de la vida política ¿estaba en los discursos de los sujetos como deseo, como imposible, como amenaza? ¿Expresaban estos ciudadanos alguna idea que aportar al respecto? Escuchar, darles la palabra y estimular la conversación con preguntas sobre cómo transformar, cómo transformarían ellos si pudieran, la política a medio o largo plazo, nos permite, como poco, contrastar hasta qué punto son efectivas las estrategias que denunciaba Bauman (2014) en la *afirmación TINA* (*There Is No Alternative*) que citábamos al comienzo. Proponemos cuestionar los lugares comunes que hablan de una apatía generalizada y de una aceptación masiva de cualquier situación como inevitable. Investigaremos si los marcos de referencia de las autoridades políticas son o no cuestionados y, si es así, de qué manera, por quién y con qué argumentos. El 15-M fue un revulsivo movilizador del descontento, pero

fue también el signo de un descontento movilizador. Podemos calificarlo como descontento productivo, dinamizador, y sus claves ideológicas, sociales y políticas son el tema vertebrador del libro.

Moscovici (2000) decía que los tiempos de crisis son excepcionales para realizar análisis de los discursos, porque los sujetos están especialmente dispuestos y abiertos a considerar distintas alternativas. En este tipo de perspectiva encaja nuestro estudio. En la obra más notable sobre su propuesta de análisis conversacional, Gamson nos dio un consejo que seguimos *a pies juntillas*: «Aprende a escuchar cuidadosamente» (1992:186). Confiamos haber sabido hacerlo, porque estamos de acuerdo con la afirmación de Walsh (2004) según la cual: «la gente habla de política todo el tiempo y los científicos ignoran esta dimensión, lo que significa perder una información relevante sobre cómo funciona la política en la práctica real».

Descripción de los capítulos

El libro se divide en dos partes: *La política ¿desde dónde?* y *La política ¿hacia dónde?* La primera construye un diagnóstico de la situación política del momento y la segunda hace una revisión de la dimensión propositiva plasmada en diversas opciones de cambio institucional, mostrando el apoyo o crítica que recibían por parte de la población.

La política, ¿desde dónde? comienza haciendo una revisión de *Los fundamentos culturales de los imaginarios políticos*, que investiga los marcos desde los que se produce ese diagnóstico ciudadano de la política, fundamentalmente: las visiones de la ética, la moral, las ideologías y los referentes históricos. Para entender mejor las valoraciones que hacen los individuos de la política, hemos separado las emociones que las guían en el siguiente capítulo, titulado *Qué sienten los ciudadanos cuando se les propone hablar de política* y, a continuación, abordamos las narrativas y los argumentos que explican los juicios y los posicionamientos frente a la política en el cap. III titulado *Qué piensan los ciudadanos cuando se les propone hablar de política*. Una vez explicitado lo que piensan que la política es (o debería ser) cerramos el diagnóstico con una atribución de responsabilidades y la elaboración de unas comunidades imaginadas que muestran cuatro situaciones a modo de tipos ideales. Esta primera parte termina con una reflexión sobre los sujetos que habitan estas comunidades políticas en el cap. IV titulado: *¿Hay alguien ahí? El sujeto político: cuestión de agencia*, en el que tratamos de responder a las preguntas ¿todos somos sujetos políticos, unos más que otros? ¿Cómo se construye el sujeto político y cuáles son las oportunidades, los recursos y las limitaciones para su desarrollo?

La segunda parte del libro *La política ¿hacia dónde?* comienza con el cap. V titulado *El deseo de participación institucional o el síndrome de la comunidad de vecinos*, en el que

nos sumergimos en las ideas que tiene la gente sobre la participación y hasta qué punto se consideraba que ampliarla sería una opción para resolver la crisis. Se problematiza el concepto de participación y se distinguen las opciones que surgen espontáneamente y las que no y cómo encajan todas ellas en las aspiraciones de los entrevistados. A continuación, en el siguiente capítulo, *La disposición hacia la protesta: los Indignados y sus representaciones sociales*, abordamos la/s imagen/es que la gente tenía del 15-M y de la acción colectiva contenciosa. En este caso, utilizamos básicamente los grupos de discusión realizados en el año 2012. Veremos así el impacto que este movimiento tuvo sobre las visiones de la acción colectiva, desde las interpretaciones que se hicieron de él, tanto en sus inicios como en sus derivas. Por último, el cap. VII *Y la representación, entonces, ¿hacia dónde?*, discute las reformas que se visualizaban con respecto a la representación en aquellos años. Desde los fundamentos culturales vistos en la primera parte, con este capítulo pretendemos mostrar cómo se utilizaban estos para dibujar soluciones a la crisis en la que estábamos inmersos.

En el capítulo final de conclusiones titulado *Concluyendo: el descontento movilizador en perspectiva* retomamos la situación contextual de aquellos años, vista desde el momento de la edición de este libro, casi diez años después, y proponemos interpretaciones tentativas de la evolución de los hechos. Intentamos descifrar ahí qué entendemos por descontento movilizador al calor de los discursos identificados a lo largo del estudio.

Para los que quieran conocer con más detalle el proceso de investigación, los anexos metodológicos reúnen toda la información necesaria para observar los perfiles de todos los grupos de discusión que realizamos, así como las técnicas y los métodos que empleamos para analizar el material recogido.